

Antecedentes para una teoría educativa

(Continuación)

V.—LO ESPIRITUAL Y EL MOVIMIENTO IDENTIFICADOR

La creencia es un racionalismo independiente de contingencias reales surge de la aparente libertad especulativa, conseguida gracias a generalizaciones cada vez más amplias y que permiten menospreciar las determinaciones particulares de la percepción; como clase particular de lenguaje que es, la matemática se funda en una sustitución de cualidades concretas por los símbolos motrices correspondientes, lo que permite una identificación numérica de objetos encerrados como realidades concretas. La levedad y ajuste con que la realidad entra en sus cuadros, luego de haberse depurado de sus determinaciones exclusivas, puede dar la ilusión de que se deja a la iniciativa espiritual la conducción total de sus procesos. Sólo a través de una consideración general de su evolución podemos apreciar como esas resistencias exteriores cuyas modalidades pueden disimularse perentoriamente reaparecen obstaculizando la reconversión motriz de nuestros conceptos y obligándonos a contornearlos mediante una refundición y ampliación de métodos y postulados. Además, abandonado a su potencia exclusiva, el espíritu suele manifestar su capacidad sintetizadora en intuiciones espontáneas cuyo carácter ilusorio se revela en una posterior confrontación con una realidad firme e ineludible. Lo espiritual sólo se confirma en una reconstrucción de lo real a partir de elementos reales inmediatos, revelados mediante un análisis regresivo constante; un saber que no transige con las exigencias externas sólo puede conducir a confusión en la acción e ilusión en el pensamiento; no es la menos frecuente de estas ilusiones con las consiguientes anticipaciones prematuras de experiencias, la que se origina extrapolando construcciones extraídas de otras experiencias, por lo que, sin esperar el espaldarazo de una confirmación real, alguien podría apresurarse a deducir una fecundidad mental de índole divina.

Si no creadora en el sentido total, la actividad del sujeto, en cuanto orientada a dominar la experiencia, aparece como una canalización del flujo de la conciencia, destacando dentro de nuestra reactividad, las unidades motrices que corporizadas en un concepto o un símbolo, compendian y depuran la complejidad de lo actual en una formulación que la hace disponible y transmisible. Merced a esta precisión denotativa se procura así a la actividad propia una posibilidad de superar vaguedades y confusiones, permitiendo controlar y reconocer la complejidad empírica al referirla a entidades permanentes que la legalizan; así se van sucediendo distintos tipos de legalidad a medida que se renueva el establecimiento de esas permanencias necesarias, pasando, verbigracia de la cantidad como tal a sus relaciones, de la masa a la energía, llegando finalmente al reconocimiento de las constantes C (velocidad de la luz), h (constante de Planck), etc., en un esfuerzo renovado por conservar la coherencia interna de las construcciones mentales y sus correspondencias con la vastedad empírica.

El pensamiento conceptual se afirma sobre una unificación de movimientos en esbozo; el lenguaje surge como una descarga de esos movimientos unificados y almacenados, tendiendo a canalizarse en automatismos en la medida en que el espíritu no interviene activamente para renovar sus signos y sus modos de agruparlos.—En el pensamiento, y por su acto fundamental que como señalara Brunschvicg es el juicio, las percepciones fragmentarias y las reacciones motrices que implican, se eslabonan y funden en una corriente conjunta, aparejando en lo exterior una correspondiente unificación de los choques aislados que afectan al sujeto. Espiritualizar significa entonces desprenderse de los hechos en su singularidad y precariedad y reabsorberlos en una necesidad y duración que aspira a una validez eminente.—La verdad queda a mitad de camino, es un compromiso entre principios divergentes; el espíritu aparece no tanto en la identificación que en el fondo implica una multiplicación de términos impuesta por lo real, sino en la constitución de un esquema que permite condensar nuestra reacción a su respecto, en una unidad motriz latente.—Lo idéntico (para Meyerson lo más personal) nace más bien de exigencias del objeto; en nosotros (como acción o pensamiento) es una repetición de movimientos (de hecho o en esbozo) necesarios para contornear objetos que se reiteran.—El $1 \text{ más } 1=2$ es voluntad pura de objetividad.—Mediante ella, procesos sensoriales análogos, se resumen en una sola vía de descarga, expresadas por el concepto o el juicio, siempre susceptible de volver a lo múltiple que subsume, por un posterior análisis; lo múltiple deviene pensable y disponible merced a la unidad motriz en que lo englobamos.—Además el $2=1 \text{ más } 1$ conserva la disponibilidad de lo múltiple ahorrándonos la energía nerviosa que dispondríamos en una discri-

minación detallada.—(Estas observaciones se emparentan con las que formula Bergson al caracterizar el esfuerzo intelectual, que sitúa en el trayecto o conversión de un esquema dinámico en imágenes concretas que lo satisfacen, con los consiguientes ecos nerviosos y fisiológicos provocados por la inquietud de la búsqueda y sus vacilaciones conflictuales.—En el esfuerzo de memorizar v. gr., partimos de una noción o representación abstracta cuyos elementos están fundidos en una visión global y llegamos a una representación de partes concretas y yuxtapuestas.—Esa noción inicial es fundamentalmente motriz, como una melodía musical, que recordamos primero en su conjunto dinámico para luego poder concretarla en un recuerdo minucioso como un conjunto de notas reconocible una a una.—No es de otra índole el esfuerzo que demanda la comprensión de cualquier juicio o concepto; del 2 como noción abstracta descendemos a la repetición de un movimiento motriz unitario; señalar con un dedo, marcar una línea, etc.)

Esta estabilización orgánica de descargas nerviosas y esquemas es condición previa de toda posible identificación.—Lo real de por sí, lo excedería por su complejidad inabarcable; el impulso cohesionador del espíritu es así anterior al proceso identificador, aunque ambos momentos suelen aparecer confundidos dentro de una interpretación tendenciosa del papel fundamental que desempeña el espíritu.—La identificación desde nuestro punto de vista, es un establecimiento intermedio entre una concentración previa y un trabajo posterior de síntesis.

La validez de un concepto se ratifica en función de su convertibilidad en imágenes reales; gran parte de las contradicciones lógicas y de los problemas metafísicos insolubles proviene de conceptos irreales en cuanto irreductibles con un material empírico. Así es, como

por ejemplo, puede creerse contradictoria la noción bergsoniana de lo espiritual y de la conciencia como fluencia continua y por otra parte su tendencia a la cohesión y a la inmovilidad de sus conceptos que acabamos de destacar. Esa aparente contradicción se salva considerando la conciencia como un sentimiento que se suscita acompañando las perturbaciones que amenazan la cohesión periódicamente reelaborada de nuestros procesos. El espíritu entendido así, sería una variable que sólo se manifiesta potencialmente como constante en los períodos de equilibrio interno, en que una cierta unidad interior se sobrepone a la experiencia y canaliza su acción en automatismos y esquemas que se van haciendo cada vez más inconscientes. El despertar de la conciencia que sucede a corrientes empíricas discordantes, señala el momento en que lo espiritual actualiza su dinamismo creador, procurando ajustes nuevos con lo externo, esbozando y finalmente fijando nuevos modos de acción. No hay otra forma de reconocer la presencia de lo espiritual, en sí misma inapresable, que mediante su manifestación espacial, como condensación de una realidad cuyos choques se ordenan según esquemas motrices y los símbolos múltiples que los sustentan. En sus raros momentos de actualización creadora, el espíritu se nos aparece como la causa de esa postulación inédita, que, estrechando nuestra vasta capacidad interpretativa, cerrando vías de automatismos inadecuados y eliminando sus correspondientes procesos sistemáticos, descubre, en medio de un verdadero empobrecimiento, nuevos modos eficaces de relación y concentración perceptiva. El establecimiento de nuevas leyes exige paradójicamente una previa decoloración del mundo real; la posterior complejidad que pueda asumir su desenvolvimiento no sería posible sin esa concentración de potencia que funde en un acto de conciencia,

procesos sensoriales y motrices hasta entonces desperdigados. Esta concepción de lo espiritual que se nos impone a través de un estudio del desarrollo histórico de las matemáticas y de la física, contradice conjuntamente la posición racionalista extrema que subordina una realidad modelada por construcciones ideales y al empirismo para el cual el espíritu sería un receptáculo pasivo de experiencias; de esos ejemplos surge claramente que la aplicabilidad de las conclusiones científicas, se acentúa a medida que las construcciones sistemáticas contornean con más flexibilidad las resistencias objetivas; la verdad, esencialmente contingente, nace en la concurrencia de esos dos factores contrapuestos: el espíritu, reforzando las relaciones reales, y la realidad, confirmando las relaciones motrices con que el espíritu la enfrenta. La vigencia de una verdad se ratifica con la concordancia de una continuidad de actos operatorios anticipados idealmente y su verificación real, con las resistencias objetivas que involucra (Le-verrier previendo la aparición de Neptuno, significa una previsión de determinados movimientos y observaciones oculares, conducentes a una percepción luminosa que representa el momento de resistencia de la realidad). La ordenación tempo-espacial impuesta por la realidad a las impresiones externas, es adelantada en una ordenación preestablecida por la dinámica constructiva del espíritu. La ciencia es así posible no por que lo real se someta a nosotros ni nosotros a lo real sino, ya que de algún modo hay que aludir a lo que en sí es primario e inefable, porque la realidad se conjuga con las condiciones que rigen la construcción espiritual del yo; esas condiciones consisten en una posibilidad verificable de reducción de lo real a relaciones elementales (en Aritmética, por ej. relación del número a lo numerado) y de su repetición contenida aún en los procesos más am-

biguos, lo que permite, por identificaciones cada vez más abstractas, recomponer lo más complejo a base de una unidad sensorial y motriz irreductiblemente elemental. El cumplimiento de esas condiciones dan una base estable al esfuerzo espiritual de dominación de la multiplicidad empírica, en la que se destacan y concretan procesos elementales, cuya repetición y comunicabilidad mediante símbolos permite reconstruirla coherentemente en la unidad de un cosmos conceptual. El progresivo grado de abstracción de esas conceptualizaciones virtualiza cada vez más los actos sensoriales que las respaldan en concreto y que, como la observación ocular de Neptuno, resumen y señalan el resultado tangible de las idealidades manejadas.

La identificación de los procesos elementales sensori-motores y de su simbolización correspondiente provee de una base firme a las elaboraciones sistemáticas, eliminando el carácter intrínseco de cada reacción perceptiva, reducida a átomos convencionales, a base de los cuales se edifica la axiomática correspondiente.

Las construcciones basadas en esa identificación de átomos sensoriales, se ordenan en abstracciones cada vez más remotas y generales, en las que subsisten las necesarias invariantes como condición referencial de fijeza. — Así, partiendo de coincidencias elementales (unidades numerables y homogéneas), identificando sus combinaciones reales, se termina por encerrar el cosmos en una malla compleja de conceptos, que lo agota como realidad factible para nosotros. — Los modos de congruencia o principios de identificación pueden variar y con ellos, la arquitectura de signos que liga el orden impuesto por lo real y el orden propuesto por el creador; pero la libertad de elección conduce siempre a una concentración que reduce el ángulo de visión consciente, enfocándola en relaciones identificado-

ras cada vez más simples y abstractas y en las que una consideración superficial podría no ver la gravitación inicial de una realidad exterior, filtrada de sus elementos de diversidad singular, rebeldes a toda identificación que los desconozca. — Este proceso identificador, poderoso instrumento de reducción y conquista, no creemos que agote, como lo postula Meyerson, la potencia del espíritu; es un proceso que supone elementos semejantes pero autónomos y separados, en tanto que el espíritu creador, rebasando la identidad lógica primaria, funde esos elementos en síntesis operativas procurándose contenidos privilegiados en los que se concentra la actividad consciente. — Reduciendo v. gr. a sus momentos esenciales el proceso que culmina en la síntesis del número cardinal, encontramos en un principio en las resistencias musculares que coartan la continuidad de nuestros movimientos espontáneos, el choque sensorial caracterizador de la realidad exterior; nuestros sentidos recogen, filtrándolos esas presencias elementales, fundando consecuentemente la realidad sobre esas unidades idénticas; se logra finalmente la permanencia y accesibilidad de esas multiplicidades estableciendo una correspondencia biunívoca con sensaciones insertas actual o potencialmente en el campo de la conciencia (primariamente, los dedos de las manos) cuyo conjunto se resume en la cifra con la cual lo aludimos, culminando así el proceso de reducción conceptual. — La identidad se nos aparece así como una condición obvia del pensamiento científico que necesita que sus objetos se repitan iguales a ellos mismos a pesar de su distinta ubicación espacio-temporal; esa reiteración objetiva es condición necesaria y básica para una intercomunicación científica, haciendo posible una percepción conjunta de procesos operatorios (percepción que es sinónimo de comprensión), mediante una

simbolización basada en unidades sensoriales y motrices, despojadas de su complejidad intransmisible.—En su intervención identificadora, el yo se limita a afirmar y readaptar procesos orgánicos amenazados de dispersión por la multiplicidad intrincada de la sensación; la presencia del yo, lejos de ser radicalmente determinante, como lo pretenden los que exageran la importancia de sus reducciones, es aquí subsidiaria y parásita de la realidad a la cual únicamente se limita a condensar en unidades de resistencias sustituibles unidades a penas reconocibles a través de las ulteriores generalizaciones que las comprenden.—El éxito de las verificaciones concretas de los esquemas que se apoyan en esas unidades identificables, es la única garantía del origen real de ese proceso.—Así v. gr. basándonos en las ondas, o en los átomos como elementos simples explicativos (con ser ya realidades elaboradas), establecemos conclusiones que nos reconducen a experiencias concretas que las confirman.—La constancia de la velocidad de un fotón, de las variaciones cuánticas de energía, del radio del electrón, tocan en la médula misma de la realidad.—Así es como construcciones que se consideraban como abstracciones últimas, van legitimando su valor concreto, a medida que se ratifican en procesos operatorios repetidos; es previsible así, que, habituándonos progresivamente a su proyección empírica, esquemas eminentemente abstractos como las matrices de Heisenberg o los tensores de Einstein, han de ser manejados con intuición cada vez más concreta, tal como hoy es corriente hacerlo con las nociones elaboradas de fuerza o energía.—En el fondo de esos esquemas encontramos siempre combinaciones de unidades repetidas, o lo que es lo mismo, de un proceso motor básico que se repite en distintas formas.

Resumiendo: la identificación se nos aparece, no como una necesidad espiritual de tautología imponiéndose a una realidad refractaria, sino que por el contrario, es la realidad misma la que, filtrada de sus matizaciones cualitativas, se nos presenta regida por la ley de la identidad.—De la repetición del gesto operatorio extraemos el símbolo que los sintetiza; la iniciación real de la ciencia se hace posible con esa reiteración de un movimiento corporal básico.—El esfuerzo creador no sólo no coincide con la tarea de identificación, sino que más bien, ésta, en sus grados extremados, es característica del empobrecimiento psíquico propio del maniaco, del rutinario o del imitador servil; el afán creador pugna por el contrario por sobreponerse a las necesarias identificaciones, concentrándose sobre los esquemas abstractos a los que asciende en intuición reveladora; cada síntesis nueva requiere una agudización de la visión «l'esprit de finesse» como última instancia de «L'esprit géométrique» tal que superando los detalles de las repeticiones que le dan base, se enriquezca con la incorporación de un matiz inédito, propicio para fecundas derivaciones posteriores.—El esfuerzo creador extrae así de esos residuos perceptivos, extraídos de la ganga empírica, la posibilidad de concepciones generalizadoras; la realidad exterior aparentemente relegada en ese interín, reivindica sus exigencias, consultadas de exprofeso en ciertos casos en experiencias cruciales, confrontando su informe multiplicidad con esos resultados.—Crear por ende supone sobreponerse a la inercia de una inteligencia que tiende a automatizarse en procesos ideomotrices, en una reducción identificadora sugerida y facilitada por la percepción misma; incluye una consolidación y un relegamiento hacia lo inconsciente de las vías de descarga

usuales, permitiendo orientar sus energías y abrir vías nuevas que organicen en unidades más certeramente comprensivas sus referencias implícitas.—Desde la repetición del niño hasta la erección de los cuadros relacionales más abstractos, tendemos a una recuperación de la realidad progresivamente espiritualizada, restableciendo su cohesión amenazada por la experiencia, mediante su concentración significativa en invariantes básicos.—El símbolo en que se resumen las multiplicidades reales, convirtiéndose una suma de partes separadas en una totalidad íntegra, nos libera de la concienciación minuciosa de sus unidades componentes, facilitándonos la creación de nuevos procedimientos operatorios, que los manejan a su vez como unidades simples.

VI.—EL SER Y LA SUMISION AL OBJETO

El desarrollo de la ciencia nos instruye no tanto por las etapas que atraviesa, sino por la manera como las atraviesa; sus resultados y sistematizaciones son simples testimonios que jalonan las peripecias que sobrevienen al espíritu creador; el problema de nuestro destino no afirma sus planteamientos en base a esos resultados, sino, a lo sumo, deambulando por los caminos que le dan acceso.—Acostumbrados a arrodillarnos ante las cosas, que nos procuran un reposo letárgico para la oprimente realidad cuyo sentido fluye en nuestra vida, tendemos a regular nuestros actos en atención a verdades que se nos han ido imponiendo como referencias pasajeras de nuestra acción; pagamos el sosiego fugaz del conocimiento, al precio de una creciente ceguera para sus fuentes vivas.

En la exposición que antecede, hemos intentado destacar, como nota fundamental del esfuerzo creador, la especial polarización que lo sostiene, entre un yo actuante y un no-yo resistente; en la acción, de la cual la conciencia es el fugaz resplandor que alumbrá sus momentos de choque y superación, el espíritu se nos aparece así como el factor que concentra la experiencia, en lucha con una realidad que la fracciona y diluye.—Un estudio de más vasto alcance, tendría que encarar otros factores aquí relegados y que, contribuyendo a esa tarea, escapan quizás, en cierta medida, a una asimilación completa con los poderes espirituales así caracterizados.—De acuerdo a lo expresado, no consideramos al yo y al no-yo como poderes extraños que se yuxtaponen y entrechocan, sino como aspectos parciales de un mismo acontecer, que se sustentan, polarizándose y adquiriendo una consistencia concreta, a medida que se van diferenciando con caracteres propios dentro de la experiencia.—No es aventurado extender el alcance de estas conclusiones establecidas sobre apreciaciones particulares, de modo que permitan caracterizar a la creatividad en cualquiera de sus distintas modalidades, pues aunque la dificultad de una comprobación convincente aumenta con la complejidad de los propósitos actuantes, reencontramos en la base de todos nuestros contenidos vitales, esa oposición dualista, cuya apasionada superación da la tónica de la orientación activa del yo.—Al postularlo así, no intentamos caracterizar la infinita gama de los procesos vitales, de una manera rígidamente uniforme, sino tan sólo, elucidar sus formas típicas, las que, a pesar de sus variadas manifestaciones, mantienen la conformación predominante que queda señalada.

* * *

Una sensación es un incitante para la acción, en la que, a fin de cuen-

tas, se agota nuestra modalidad viviente; aún en nuestros momentos de contemplación cognoscitiva se evidencia como propulsión básica, una voluntad motriz potencial diferida.—Debemos entonces encarar el pensamiento como un movimiento proyectado e inhibido que, como tal, supone una diferenciación intrínseca de objeto y sujeto; correlación que se manifiesta externamente en la conjugación de la actitud motriz.—Objeto y sujeto son entidades que nacen conjugadas en la realidad primaria de la experiencia; la sensación de lo subjetivo (y la consiguiente ilusión de su insularidad) nace de una desarmonía entre ambas instancias.—Las expresiones más abstractas no pueden ser entonces sino relegaciones de una actividad que correlaciona objeto y sujeto: Toda teoría es esencialmente práctica; la oposición corriente entre teoría y práctica no conserva sentido sino entendiendo ambas instancias como grados distintos de proximidad a un desenlace motriz.—Un concepto resume así una sollicitación diferida hacia una acción posible.—Rehuyendo una satisfacción inmediata, mediante esa reconstitución simbólica de su actividad, el espíritu recrea un ámbito más asequible y acomodado a sus necesidades contingentes.—El factor irreductible, que nos advierte de la necesidad de lo objetivo, surge en correlación activa con la impulsividad en la que reconocemos el elemento subjetivo.—La objetividad se fundamenta en las exigencias que se sustraen a la iniciativa subjetiva, condensándose en nociones y relaciones necesarias; el objeto surge a través del sujeto, como función de su organización actual, sobre la base de una involuntariedad que se le impone. El concepto surge siempre como centro de condensación de relaciones intelectuales que no incluye; su utilización, aislada de los razonamientos que lo constituyen, puede hacer creer ilusoriamente en su valor autónomo, independiente de los juicios que especifican su extensión y su comprensión; esa ilusión corriente conduce paralelamente a sobrestimar la intuición como capacidad de aprehensión integral.—(La intuición sólo es pensable para nosotros como degradación y abreviación de un razonamiento discursivo; si pensar es relacionar, intuir no puede significar más, si significa algo con sentido propio, que un relacionar subconsciente.—Aún los datos llamados primeros, sólo nos es concebible que penetren en la conciencia como elementos destacados de un proceso racional; la percepción es forzosamente mediata; percibir es ya constituir un objeto y constituirlo consiste en caracterizarlo atributivamente mediante juicios implícitos.)

La presencia de lo real, como el correlato de lo personal subjetivo, se nos evidencia en las interrupciones y sorpresas que nos sobrevienen en el flujo conciente; esa presencia adquiere recién carácter de objeto cuando, reorganizando nuestra experiencia, logramos atribuirle alcances determinados, cualificando su modalidad; hay entonces una actitud judicativa mediante la cual el espíritu permite un acceso cognoscitivo a las novedades desconcertantes e inéditas de la empirie.—El tiempo mismo se constituye en una inherencia de pasado y futuro que hace del presente una realidad radiante y plena; en el espacio, igualmente, cada punto nace y se reconoce en la percepción, cualificado por el dintorno que lo caracteriza; en la conciencia no pueden surgir unidades aisladas, sino definidas y funcionalizadas en correlaciones que las preceden.—El concepto, como término de una generalización abstrayente conserva un valor significativo, en cuanto conserva su riqueza referencial.

(Continuará)